

A-C.95/7

ENCUADERNACION

MASADEL

MADRID - 28020

JAEN, 38 - TELF. 554 22 73

Anita

LA

INGENIERO
SSA



RB

A. Caj. 95/7

R
54980

BIBLIOTECA



IBERO-AMERICANA



1 - ANITA.

Camille

Pastor

Pastor

Carlos Frontaura

ANITA LA INGENIOSA



BARCELONA. — 1895

LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS. — EDITOR

Calles de Pelayo, 52 y Concejo de Ciento, 306

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



ANITA LA INGENIOSA

IMITACIÓN DE STAHL

I

Tengo el honor de presentar á ustedes á mi señora, es decir, señorita D.^a Anita, una niña muy bella y que tiene un portentoso ingenio, como que todo el mundo está asombrado de que, á su edad, sepa tanto y sea tan lista y tan redicha, tan previsora y tan habilidosa.

Su actividad no tiene ejemplo.

Nunca se la ve parada; siempre anda de aquí para allí arreglando las cosas, así dice ella á lo menos, enterándose de todo, curioseándolo todo, no con otro objeto que con el de saberlo todo.

Tiene muchas muñecas, pero todas están imperfectas, porque por alguna parte las ha abierto para ver qué es lo que tienen dentro; le han comprado varias cajas de música, y tal es su afición á ver el mecanismo de las cosas, que todas las ha examinado por dentro, tocando los registros con sus dedos, y de memoria sabe ella cómo están construidas; lo que suele suceder es que á las cajas de música se les acaba la música en seguida, porque Anita, al examinarlas, ha conseguido romper algo,

é impedir, por consiguiente, que funcione regularmente el mecanismo.

Van ustedes, amados lectores míos, á juzgar de las excelentes ideas, peregrinas ocurrencias y notables habilidades de Anita, cuyo retrato verán ustedes en el curso de esta historia.

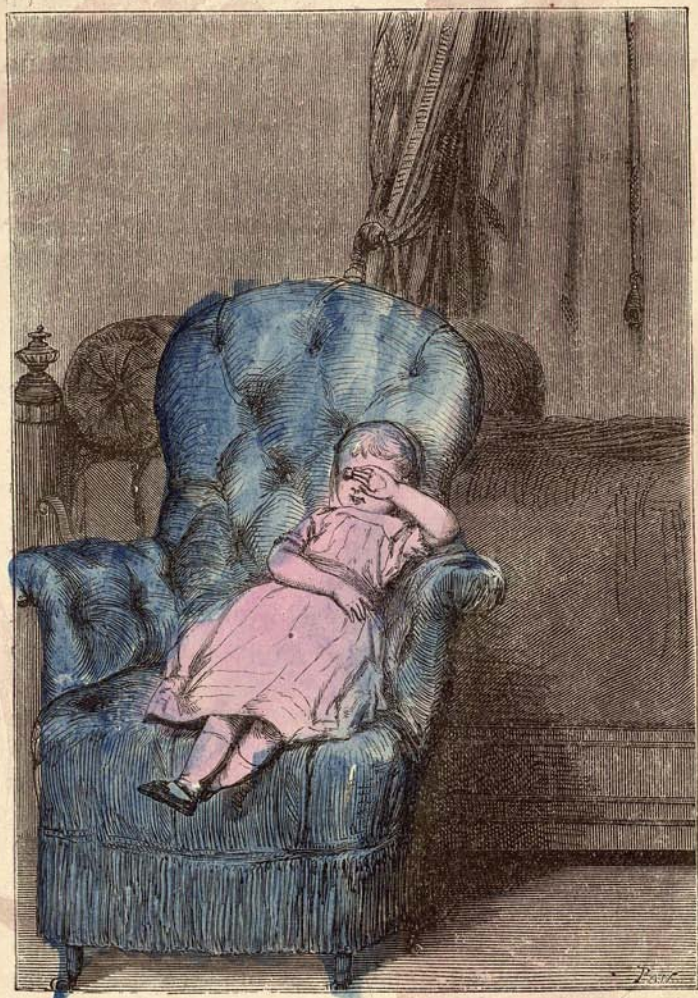
II

La mamá de Anita está enferma; lo estaba hacía días, pero cuidadosa de su casa y de sus hijos, sobre todo de Anita, que es la que le da más que hacer, ha descuidado su enfermedad, creyendo que la molestia se le pasaría sin necesidad de guardar cama. Es la buena señora muy sufrida y valerosa, y no quiere asustar á su familia, y le espanta pensar el trastorno que es para el buen orden de la casa, tener ella que estarse en la cama sin hacer nada. Pero la enfermedad, que por fortuna no será de gravedad, si la paciente se somete á cierto régimen durante unos días, le obliga á quedarse en cama y medicarse.

Por cierto que el doctor ha dicho que si la buena señora hubiese tomado tres días antes unas pildoritas que le ha recetado, no habría tenido necesidad de meterse en cama. Esto lo ha oído Anita, que lo oye todo siempre, y ha empezado á pensar que á ella le sabría muy mal tener que estar metidita en la cama todo el día, muy quieta y abrigada, y, para evitarlo, le ha parecido que nada mejor podía hacer que tomar también algunas pildoras de las que toma su mamá, con lo cual, el médico lo había dicho, no hay necesidad de meterse en la cama.

Y dicho y hecho: la niña ha cogido bonitamente

la caja de las pildoras que estaba encima de la mesa y se ha tomado cuatro, y hubiera tomado más si



no les hubiese hallado un sabor amarguillo poco agradable.

Pero aunque sean amargas, con haberlas tomado ya tiene Anita la seguridad de que no ha de ponerse mala, y por consiguiente, no tendrá que meterse en cama, cosa que había de contrariarla grandemente, porque no puede estar quieta dos minutos en un mismo sitio.

Y vean ustedes lo que son las cosas: las píldoras, que el médico se las recetó á la mamá para curarla, no han hecho á Anita todo el bien que ella creía, y grande es el asombro de la niña al sentir que desde que ha tomado las píldoras está mala, cuando antes de tomarlas estaba buena.

No se siente bien, no por cierto.

Al contrario, se siente bastante mal.

No me atrevo yo á decir en este libro cuáles son los síntomas de la dolencia de Anita; pero son muy molestos y muy..... en fin, Anita siente ya haber tomado las tales píldoras. Debería haber consultado antes con el médico, ó si, por cortedad, con éste no, á lo menos con su mamá, que regularmente no le habría aconsejado que tomase las píldoras.

Pero ¿quién hubiese creído que unas píldoras que son para curar habían de producir el efecto contrario?

¿Cómo se entiende que las medicinas, los remedios de la botica, no sean para curar?... Ella no estaba mala; pero, habiendo tomado las píldoras, debía estar muchísimo mejor.

El caso es que Anita está muy incomodada con las píldoras y tiene mucha rabia al médico, bien que éste no se las mandó tomar cuando se las recetó á la mamá; pero debía haber añadido que aquellas píldoras no debían tomarlas las niñas, y así ella no las hubiera tomado, es decir, eso no lo puedo asegurar, porque acaso las hubiese tomado, por lo mismo que el médico se lo prohibía, pues Anita em-

pieza ya á creer que el médico no sabe siquiera para qué sirven las pildoras.

III

Cuatro días ha estado mala mi hermosa Anita, pero ya está buena, y todavía no se explica que una medicina tenga la funesta facilidad de poner enferma á la niña que la toma, aunque no la necesite, con la mejor voluntad del mundo.

La que todavía sigue enferma es la mamá de Anita y no puede, bien contra su voluntad, ocuparse en cuidar de la casa, como es siempre su deseo, y solamente se limita á dar ciertas órdenes, para el mejor arreglo. La señorita Ana, que pronto olvida el fatal incidente de las pildoras, comienza á reflexionar que, estando su mamá en el lecho, á ella corresponde el desempeño de las importantes funciones de dueña de la casa, y su deber es, por consiguiente, el de cuidar que todo marche perfectamente y no se produzca ningún trastorno en el buen arreglo de las haciendas de la casa. Así, cuando su mamá esté buena, no podrá menos de confesar que su hija es muy lista, muy hábil, muy cuidadosa, y que no hay idea buena que no le ocurra, y que en ella puede descansar en lo sucesivo, porque no se la pasa nada y de todo cuida admirablemente.

La señorita comienza la inspección de la casa por el estudio de su señor padre, que es uno de los más famosos pintores de Madrid.

Como persona inteligente contempla el retrato que á la sazón está haciendo su señor padre. Mucho le gusta á Anita el retrato; pero, cuanto más le mira, más le parece que falta algo al retrato para que sea una obra perfecta.

—Pero, ¿qué es lo que le falta?...
Anita continúa mirando el retrato, y persiste en



su idea. Su gran instinto artístico le dice que allí falta algo, algo que dé animación y energía á la fiso-

nomía de la persona retratada. Mira el retrato, y mira á la muñeca que tiene en sus brazos, como consultándola, porque la muñeca, educada por ella, también debe entender casi de todo.

Pero ya encontró Anita lo que le falta al retrato. Este representa un anciano general, que no usa siempre el uniforme, porque ya está exento de servicio por su edad y sus achaques, y por esto está retratado de paisano; pero no por eso deja de ser un general, un distinguido y valiente general del ejército español, con un genio terrible, que todo el mundo le tiene respeto, y á un general no se le debe retratar sin..... Ella lo arreglará todo. Cerca está la caja de pinturas y pinceles, y será cosa de un momento completar el retrato, y lo hará con tal primor que cuando el papá vea lo que ha hecho Anita, no podrá menos de felicitarla por su buena idea.

Manos á la obra; Anita deja la muñeca en el suelo, abre la caja, toma un pincel, el más fino que encuentra, porque es obra delicada la que va á hacer; pero de pronto se detiene y escucha, no sea que venga alguien, porque no quiere que la interrumpen en su trabajo. Esto lo ha aprendido de su padre, que acostumbra encerrarse en su estudio siempre que trabaja.

IV

Anita no quiere, como he dicho, que nadie la sorprenda. Debe ser muy fastidioso eso de pintar delante de testigos. El artista se distrae, y, acaso, depende de una distracción de un segundo que la obra no lleve el sello del genio. El artista necesita estar completamente entregado á su obra, y en un momento de inspiración, un gesto, una palabra, el



vuelo de una mosca, pueden destruir una obra maestra.

Anita, conociendo todo esto, en cuanto oyó ruido acercóse á la puerta á cerciorarse de si venia alguien, porque en este caso dejará para otro momento más propicio la obra importante que se ha propuesto hacer.

Anita escucha, sale un momento á ver si por el corredor viene alguien, vuelve á entrar en el estudio y vuelve á escuchar, y vuelve á salir y vuelve á entrar. Cualquiera diría que Anita tiene miedo, así como si conociera que va á hacer una cosa mala; pero no debe ser esto, porque una niña tan discreta como se cree Anita y tan hábil y experta en todo, no puede hacer cosa que merezca la más leve censura, sino por el contrario, las mayores alabanzas y los más entusiastas plácemes.

Decídese á llevar á efecto su pensamiento, de mejorar el retrato del general, y pone manos á la obra.

V

¡Cuánto goza Anita pensando lo contento que se pondrá su señor papá cuando vea lo que á ella, una niña, porque, aunque Anita tiene ya el buen juicio de una mujer hecha y derecha, en realidad no es más que una niña, le ha ocurrido para dar al retrato el verdadero carácter que debe tener un retrato, cuando el original es nada menos que un bizarro general!

Un general siempre tiene bigote. Esto es sabido. Un general sin bigote no se ha visto en ninguna parte. Parecería un cura. Si hasta los soldados tienen bigote, ¿cómo no ha de tenerlo un general?

Francamente, si al retrato que ha pintado el papá de Anita no se le pusiera un bigote de buen tamaño, ¿quién diablos iba á adivinar que es el retrato de un general? Nadie. Cualquiera creería que, en vez de representar al tremendo general, representa al pacífico tendero de la esquina, ó, á lo más, al tío de Anita, que es un procurador que nunca ha tenido barba y que parece un sacristán. ¡Contento se pondría el papá de Anita si los que fueran á ver el cuadro le dijeran:— «Hombre, sí, está muy bien pintado; pero, amigo, á ese general le falta el bigote». Sería éste un bochorno para el artista, que es muy celoso de su buena reputación, y Anita, ya que su padre ha tenido el descuido de no poner bigote al general, debe corregir esta falta, segura de que así hace un favor á su papá, y le demuestra cuánto interés tiene ella en que nadie tenga que criticar la obra, que, por lo demás, es perfecta.

Veán ustedes si Anita piensa y discurre con juicio.

El general ya tiene lo que le faltaba: Anita le ha pintado un bigote sumamente airoso y característico, que da á la fisonomía ese aire de intrepidez y bravura propio de un renombrado hombre de guerra.

VI

Ahora si que está completo el retrato del general. La señorita Ana está, con razón, orgullosa de su obra, y espera muchos plácemes de su padre, á quien no podrá menos de producir gran satisfacción el sentimiento artístico de que acaba de dar gallarda muestra su querida hija.

Hay una circunstancia que prueba hasta la evi-



dencia el genio de la artista. Los bigotes han resultado un poquito azulados, porque la niña tomó en el pincel el color azul creyendo que era negro. Los grandes genios no se paran en pequeñeces de rutina.

No importa que haya pintado azules los bigotes. En los cuentos de hadas se habla extensamente de un gran señor que tenía, no sólo el bigote, sino toda la barba azul, por lo cual se le llamaba el señor de Barba Azul. Anita cree que el general sentirá cierto orgullo al ver que casi casi se le ha igualado con aquel poderoso personaje.

Anita contempla con gran satisfacción el retrato, y cada vez está más contenta y satisfecha de su obra.

Los bigotes le parecen un adorno que da al general un aire de apostura y juventud, que, seguramente, le ha de halagar en su amor propio, porque también los generales tienen su amor propio, como todo hijo de vecino. Y lo que más le contenta es el color azul de los bigotes, lo cual no es extraño, porque como Anita es rubia, le gusta lo azul.

VII

Sucede con las buenas ideas como con las malas, que en teniendo una, en seguida se tiene otra. Nunca vienen solas las buenas ó malas ideas.

Es evidente, por lo demás, que una artista que ha sabido pintar primorosamente los bigotes á un general, sabrá poner bigotes á todo el mundo, pues los bigotes de más difícil y comprometida ejecución son los de un general.

Anita, puesto que está en buena disposición para pintar bigotes, va á pintárselos al simpático y elegante Medoro, un perro muy bizarro, á quien sólo

faltan unos bigotes para tener cierto carácter de perro importante. Los bigotes de Medoro no serán



azules; serán negros, y como en la paleta no hay negro, Anita empleará la tinta del tintero. El perro

es muy presumido, y es seguro que no le disgustará tener bigotes, como si fuera un perro de esos que han hecho la guerra, acompañando á algún regimiento de cazadores.

¡Bueno sería que los otros perros al ver á Medoro con bigotes le tomaran por un perro general! ¡Apenas se daría tono él y apenas tendrían envidia los demás!

Medoro no quiere disgustar á su mamita, y se deja pintar el bigote; pero no le gusta mucho la excelente idea de la artista, y de buenísima gana renunciaría al adorno que le está poniendo aquélla. También los perros son ingratos á veces.

VIII

El can se ha irritado, como era natural en un ser de tan escaso juicio, bien que me parece que el motivo de su irritación es que le entró algo de tinta en la nariz, en la boca y en el ojo; el caso es que ha dado un salto y todo lo ha echado á rodar. El pincel ha manchado el bonito traje de la distinguida artista, y el tintero ha rodado por el suelo, vertiendo toda la tinta que contenía. Precisamente estaba llenito.

Ha sido un incidente enojoso para todos. El perro se ha quedado con los bigotes á medio pintar, no lográndose así la excelente idea de Anita. La criada va á gruñir mucho, al ver que tiene que fregar el suelo, trabajo difícil y penoso, á que no es muy aficionada que se diga la criada, á quien todo lo que sea trabajar le parece sobremanera enfadoso, y Anita tiene el vestido blanco inservible, porque una mancha de tinta en tela tan delicada sólo puede salir con el pedazo.

El perro, ofendido, se ha marchado más que de prisa, y no ha vuelto. Aunque no es rencoroso, no se le olvida el mal rato que acaba de pasar. Pero la señorita Ana le contentará cuando quiera, con una caricia y un bizcocho.

IX

Anita, como tiene tan buenas ideas, piensa que lo que urge ahora es remediar en lo posible los desperfectos causados.

Ha ido y ha cogido una esponja y el cubo del lavabo de su papá, y ha limpiado el suelo perfectamente, para que la criada no tenga que gruñir; también ha querido limpiar el vestido, como si en la tela desaparecieran las manchas lo mismo que en el mármol, y lo que ha conseguido es extender y hacer más visible la tinta. Tiene, pues, que renunciar á su deseo, y conformarse con que el vestido vaya á la lejía, aunque ya he dicho que será punto menos que imposible borrar la mancha.

¡Cómo ha de ser! Anita no lo ha podido remediar. Toda la culpa ha sido del perro, que es, en verdad, muy poco sufrido.

¿Qué hará ahora la señorita Ana?

Pero pronto encuentra ocasión de mostrar su previsión y exquisito cuidado. El papá de Anita tiene un sombrero gris, muy bueno, que se lo trajeron de Inglaterra, y Anita no ha hecho más que mirarlo sobre la silla donde estaba, y ver que tiene una manchita, pequeña, eso sí, pero que puede desaparecer muy fácilmente. Anita sabe que las manchas deben quitarse en cuanto se ven. ¿Y qué hace? Va y coge la esponja con que limpió el suelo, y se pone á limpiar igualmente el sombrero de su papá; pero

Anita está hoy un poco desgraciada, porque, conforme va limpiando el sombrero, se va convirtiendo



de gris en negro. Esto sí que va á sorprender á su papá.

Si la mamá no estuviese en cama, y privada, por consiguiente, de vigilar á su hija, no se hubiera empeñado en la empresa temeraria, aunque meritoria por la buena intención, de limpiar un sombrero gris con la misma esponja con que acababa de limpiar la tinta en el suelo.

X

Después de limpiar perfectamente el sombrero gris y dejarlo negro, que está mucho mejor, dígame lo que se quiera, Anita mira en derredor, con el afán de ver si hay alguna otra cosa en que emplear su celo.

Bien pronto encuentra algo que arreglar. ¡Qué descuido el de su papá y de los criados! El precioso reloj de sobremesa está parado; nadie se ha acordado de que había que darle cuerda. ¡Válgame Dios, qué abandono! Felizmente, Anita recuerda muy bien de qué modo le daba cuerda su mamá, y ella lo hará tan bien ó mejor. Es verdad que Anita no sabe muy bien cómo hay que hacer para señalar la hora y colocar las agujas; pero supone que lo importante es dar cuerda al reloj para que ande, y, en cuanto eche á andar, ya dará él solo, como acostumbra, las horas y los cuartos.

XI

Efectivamente, Anita tenía razón. En cuanto ha dado cuerda al reloj, éste empieza á andar maravillosamente, y ya está dando horas y cuartos sin parar. La verdad es que nunca se ha visto andar tan de prisa al reloj. ¡Brrr, Brrr, Brrr!... no cesa un

momento el reloj. Hay que confesar que, si la señorita Anita es una especialidad en la pintura de



bigotes, lo que es como relojera podría apostárselas con los más reputados de Ginebra. Pero después de

un ¡brrrrrrrrrr! muy prolongado, el ruido cesa. Me parece que ha sucedido una cosa muy sencilla: se ha roto el muelle real.

Anita se ha quedado pensativa, temiendo que le ha sucedido algo al reloj, y que su papá va á tener un gran disgusto cuando le vea. La pobre Anita cree tener la ciencia infusa y saberlo todo, sin haber aprendido nada.

Todo consiste en que tiene una presunción muy grande y un atrevimiento mayor todavía.

XII

Mucho ha impresionado á Anita la imprevista rotura del muelle real, y ya reconoce lo mal que ha hecho en poner la mano aleve y pecadora en cosa que no entendía. No lo hará más. Ahora ya no se ocupará más que en cosas que entienda y sean propias de su sexo, como, por ejemplo, las labores que tan perfectamente tiene aprendidas.

Han de saber ustedes que Anita es una excelente costurera; ella es quien viste á la apreciable muñeca, que, por cierto, es una muñeca muy destrozada, y la ropa le dura muy poco, por lo cual Anita, como es tan cuidadosa, siempre tiene que estar arreglando los vestidos de aquélla.

Pero, ¿qué es esto que hay encima de la butaca? Es el abrigo de cachemir de su mamá, una elegantísima y magnífica prenda; pero Anita recuerda que muchas veces ha oído decir á su mamá que no le gustaban tan largos los abrigos, porque con ellos se va barriendo las calles y se trae á casa el polvo de las aceras. Y por esto, sin duda, la mamá de Anita usa tan pocas veces tan excelente y bonito abrigo.

Si fuera más corto le usaría siempre.



De modo, que si Anita se atreve á cortar al abrigo lo que le sobra, hace un gran favor á su mamá.



Y, ¿qué más quiere Anita que complacer á su mamá?
Precisamente tiene Anita las tijeras en la mano...

XIII

Puesto que tiene Anita las tijeras en la mano, es la mejor ocasión de servirse de ellas. Y en seguida corta perfectamente todo lo que le sobra al abrigo, que ya no arrastrará por el suelo, ni recogerá el polvo de las aceras.

Anita es muy resuelta, eso sí.

Cuando cree que una cosa debe hacerse, al momento la hace, sin perder el tiempo en reflexiones inútiles.

Suele no ser conveniente no tener resolución, pero el aturdimiento, la ligereza ocasionan seguramente mayores males. Me parece que lo que ha hecho Anita con el abrigo de su mamá ha sido una gran novedad que ha de costar profundo pesar á la buena señora.

Tiempo es ya de que ésta se restablezca, porque, si no deja pronto el lecho, ¿quién sabe adónde llegarán las ligerezas de su preciosa hija?...

XIV

¿Creen ustedes que ya se han acabado las donasas invenciones de la señorita Ana? Pues si lo han creído se equivocan ustedes grandemente.

La señorita Ana, que es muy observadora, y no se le escapa nada, ha observado que el doctor que asiste á su mamá la receta baños calientes, y como Anita viene á ser el médico de la muñeca, y esta joven está un poco averiada, calcula acertadamente

la niña que también á la muñeca le convendrá, para fortalecerse, algún bañito caliente.



En cuanto lo piensa comienza á desnudar á la muñeca y la mete en el baño. Por supuesto que Anita

no se separa de allí un momento, mientras se baña la muñeca, porque muy bien pudiera ahogarse al menor movimiento que hiciera. ¡Son tan imprudentes las muñecas!... Pero la señorita Ana ha aprendido de su mamá, que, cuando está buena, no cesa un momento de vigilarla, y lo mismo hace ella con la muñeca.

XV

Pero ¡oh suceso inesperado!: la pobre muñeca sale desconocida de su baño caliente. ¿Qué es esto? se pregunta con asombro Anita; — cuando bañan á la perrita no se deshace en el agua como la muñeca.

Viendo á la muñeca salir del baño, se creería que su cuerpo se ha derretido como si fuera de cera. — Sin duda, piensa Anita, los baños calientes que son tan buenos para las personas enfermas, son perjudiciales para las muñecas.

Anita queda sumamente afligida, porque quiere mucho á la muñeca, y sólo se consuela pensando que tiene en su hucha cuarenta reales, y llevará á la tienda de los Alemanes la muñeca, y allí le pondrán un cuerpo nuevo. Felizmente, la cabeza de la muñeca no ha padecido nada, porque es de porcelana. Y lo principal es que la cabeza esté sana.

XVI

Habrà, sin duda, ¡vaya si las habrà!, otras niñas que, después de haber hecho tantas travesuras como

ha hecho Anita, no tendrían valor de seguir haciéndolas, y conocerían y sentirían su falta; pero la señorita Ana no es como esas niñas, y cuantas más cosas malas hace, más parece que se aficiona á hacerlas. Y, en prueba de esta verdad, ahí la tenéis contemplando la pecera que en tanta estima tiene su papá, y de fijo que medita alguna travesura tan bonita y bien pensada como las que lleva hechas.

Me parece que adivino lo que está pensando.

Sí, señor, que lo adivino. Pensando está que si los baños calientes no convienen á las muñecas, que, después de todo, sólo tienen firme y segura la cabeza, lo que es á los peces, que son seres animados, les deben convenir grandemente. Los peces, piensa Anita, siempre están en el agua; luego el agua no les puede hacer daño, pero lo que debe disgustarles mucho es estar siempre en el agua fría, y no será extraño que, de estar tanto tiempo en agua fría, lleguen á adquirir un catarro ú otra enfermedad más grave.

XVII

— ¡Vaya si hace frío esta mañana! exclama Anita. Los peces, pobrecitos, deben estar helados. A mí me da lástima ver estos animalitos metidos siempre en el agua fría, y les voy á echar agua caliente para que entren en calor. Papá se alegrará mucho de que se me haya ocurrido esto.

Y en efecto, Anita coge la pecera, la pone sobre la mesa grande, se sube sobre la butaca, empieza á echar agua caliente, poquito á poco, para que no les haga á los peces una impresión demasiado violenta el calor.

¡Y poco contentos que se ponen los peces! No hacen más que moverse, yendo de un lado á otro y



saltando, señales todas, á juicio de Anita, de que les sabe muy bien el agua caliente.

Pero ¿qué es esto?... De pronto suben todos los peces á la superficie y se vuelven panza arriba (la frase no es muy culta, pero no encuentro otra más gráfica para expresar la postura de los peces), y Anita queda asombrada y llena de confusiones.

¿Qué significa esto?

XVIII

La señorita Ana no vuelve de su asombro. Ha cogido uno de los peces, le ha sacado del agua para reconocerle mejor y enterarse de por qué no se quiere mover ya el animalito.

¡Qué dolor! El pez está muerto, no digo que hasta las uñas, porque los peces no las tienen, que yo sepa; pero está muerto, enteramente muerto, y más que muerto, cocido.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!, exclama llorando; el agua estaba demasiado caliente.

Pero ya es muy tarde para remediar el daño; sus lágrimas no harán resucitar á los pobres inocentes peces, tan bonitos y tan desgraciados. No podían ellos figurarse que les esperaba tan desdichada muerte.

XIX

¡Vaya! se acabó, ya está corregida Anita; ahora sí que está corregida.

El lance de la terrible desgracia acaecida á los peces, por culpa de su ligereza, ha servido para corregirla; pero de tal manera, que ya se ha propuesto

Anita no ocuparse en otra cosa que en cuidar á su pobrecita mamá. Ella se va á constituir en enfer-



mera de la excelente señora, y ella, y no otra persona, será la que lleve las medicinas y el alimento á

su mamá. ¡Pues poquito que quiere á su mamá, y poquito que gustará á la enferma ver que su hija la cuida con tanto esmero!

Ahora mismo, que es hora de llevar á la mamá una tisana preparada por el doctor, es la mejor ocasión de empezar á desempeñar sus agradables funciones de enfermerita. El médico ha dispuesto que en la tisana se eche un paquetito de polvos, á cuyo efecto han traído algunos de estos paquetitos de la botica. Verdaderamente, si un paquetito solo mejora á la enferma, la mejorarán más pronto dos, ó tres, ó cuatro. Cuanto mayor sea la cantidad de medicina, tanto más efecto hará. Esto, sin haber estudiado medicina ni farmacia, lo sabe Anita perfectamente.

Allá van, pues, todos los polvos en la tisana, bien revueltos con la cuchara, y allá va Anita á llevar á su mamá tan excelente medicina.

Felizmente, el médico está aún allí y la prueba.

— ¡Jesús! exclama; ¿qué han echado aquí?...

Anita se pone á temblar, temiendo haber hecho otro desatino; se buscan los paquetitos de polvos, y no encontrándolos, se viene en conocimiento de que la señorita Ana ha tenido otra idea de las suyas, cosa que al fin tiene que confesar.

— Pues, hija mía, dice el médico severamente, si tu mamá llega á tomar esta tisana envenenada, no hubiera tardado mucho en morir.

Anita queda aterrada; el padre quiere castigar tan horrible falta; pero la tía Clara, que es muy buena señora, se lleva el horrible brebaje, y se lleva también á Anita, para evitarle una zurra, bien que se propone reprenderla fuertemente.

XX

Razón tiene la tía de Anita para reñir. La pobre Anita está anonadada y no sabe qué hacer ni qué decir.

El sermón de la tía ha sido tremendo; ha pintado el carácter de Anita como el más abominable, y ha manifestado á la niña todos los peligros á que la expone su inconcebible ligereza y á qué lamentables extremos le ha de llevar su falta de reflexión. ¿De qué no será capaz una niña que, en un día, ha asesinado á una muñeca y á unos desdichados peces, y ha estado á punto de comprometer gravemente la vida de su mamá?

XXI

Gracias á Dios y á los cuidados de todos, la mamá de Anita está casi restablecida, y el médico ha permitido á la niña que vea á su madre.

Anita se ha abrazado al cuello de la enferma y le ha confesado todas sus ligerezas y tonterías. ¿Qué ha de hacer la mamá?... Tan buena y tan indulgente como es, ha perdonado á su hija todas las faltas cometidas.

El papá está algo rehacio en perdonar á su hija; no se le pueden olvidar los bigotes que Anita puso al retrato, y el sombrero teñido de negro.

Sin embargo, viendo que el perrito olvida con gran magnanimidad los bigotes que su amita le pintó, no puede menos de creer que el corazón de



un padre debe ser más clemente y más generoso que el de un pobre animalito, y perdona también á su hija.

La tía está muy contenta, viendo buena á su hermana, corregida á su sobrina y á todos tranquilos y satisfechos.

Anita está corregida, enteramente corregida. El peligro en que ha estado de causar una gravísima enfermedad, ó, acaso, la muerte á su madre, ha hecho reflexionar á Anita y conocer todas sus faltas. No se le olvidará fácilmente este terrible incidente. Ahora, en todo seguirá el dictamen de su mamá, que es una señora prudente, discreta y de experiencia. De ella debe tomar ejemplo Anita.

Y la sensible historia de las travesuras de Anita espero que sirva también de ejemplo y enseñanza á algunas de mis bellas y tiernas lectoras.



Biblioteca Regional de Madrid



1010775

Caj. 492/13



1010775



Biblioteca
Ibero-Americana.



A. J. Bastinos
Editor.

Diegoz.

